

ARZOBISPO
Braulio Rodríguez Plaza

Carta semanal

Comienza el Evangelio

7 de diciembre de 2008

Así da inicio el segundo evangelio: «*Comienza el Evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios*». Son pocas, pero densas palabras. Se parecen a las que dice con mayor solemnidad san Juan: «*El Verbo se hizo carne*». Sin embargo, estas no sólo son la cima de esa joya poética y teológica que es el prólogo del cuarto evangelio (Jn 1,14), sino el corazón mismo de la fe cristiana. El Verbo eterno y divino entra en el espacio y en el tiempo y asume un rostro y una identidad humana. Tan es así que es posible acercarse a Él directamente pidiendo, como hizo aquél grupo de griegos presentes en Jerusalén: «*Queremos ver a Jesús*» (Jn 12,21-22).

Aquí se despliega toda la fuerza y la riqueza de la Navidad y el misterio del Adviento, esto es, de la venida de Cristo en carne y su segunda venida en majestad. Volvemos a retomar el camino para el viaje al que nos invitaban los padres del último Sínodo en su mensaje a todo el Pueblo de Dios. Ese viaje necesariamente nos lleva al encuentro con Cristo, Palabra eterna del Padre. Unas palabras sin un rostro, por bellas que sean (y lo son), no son perfectas, porque no cumplen plenamente el encuentro, como recordaba Job cuando llegó al final de su dramático itinerario de búsqueda: «*Sólo de oídas te conocía, pero ahora te han visto mis ojos*» (Jb 42,5).

Lo grandioso es que, en efecto, «*el Verbo está junto a Dios y es Dios*», pero también es Jesús de Nazaret, que camina por las calles de una provincia marginal del imperio romano, que habla una lengua local, que presenta los rasgos de un pueblo, el judío, y de su cultura. El Jesucristo real —dice el mensaje